

LA EDAD MEDIA

1.- Periodos y evolución histórica

Tradicionalmente, se viene considerando como fecha de inicio de la Edad Media el año 476, en el que un mercenario, Odoacro, se proclama rey de Italia, desapareciendo formalmente el Imperio Romano de Occidente. Se suele también situar como fecha límite el año de 1453, en el que la toma por los turcos de Constantinopla (actual Estambul) pone fin al Imperio Bizantino, heredero del Imperio Romano de Oriente. Pero tanto una como otra fecha son bastante discutidas. Como puede verse, este periodo coincidiría casi exactamente con la larguísima agonía de la antigua Roma y sus herederos; y termina justo con el resurgimiento de su espíritu, que los humanistas de los siglos XV y XVI creían representar ellos mismos.

Algunos historiadores (Pirenne o García de Cortázar) prefieren retrasar la Edad Media hasta el siglo VII, en el que el empuje árabe provoca un nuevo reparto del mar Mediterráneo, centro de toda civilización conocida hasta entonces, excepto las extremo-orientales -China e India-. Otros, en cambio la adelantan hasta el siglo III, durante el que se produjo en Roma un largo periodo de anarquía militar y pérdida de poder imperial, que ocasionó un irreparable debilitamiento de las fronteras, lo que facilitó el avance de las tribus bárbaras.

Respecto a su final, existen menos controversias y de menos relevancia. Simplemente, señalaremos otros dos hechos fundamentales que se producen aproximadamente por las mismas fechas y suponen también importantes puntos de referencia: la invención de la primera imprenta europea (1450 aprox.) y el descubrimiento de América.

También se suele dividir la Edad Media en dos grandes periodos (Alta y Baja), cuyo eje sería el siglo VIII, en el que se frena el avance musulmán y se consolida el Imperio Carolingio, que alcanzará su máximo esplendor con Carlomagno (768-814). Completaremos algo más esta división⁶:

- a) **TRANSICIÓN AL MEDIEVO (313-711)**: Del Bajo Imperio Romano al fin de la monarquía visigoda.
- b) **ALTA EDAD MEDIA (711-1031)**, Fin del avance musulmán, esplendor de Al-Andalus y apogeo del Imperio Carolingio.
- c) **PLENITUD DEL MEDIEVO (1031-1348)**: Declive del Islam Hispánico y expansión de los estados cristianos. Surgimiento del humanismo en Italia.
- d) **BAJA EDAD MEDIA (1348-1492)**: Tensiones de un mundo en transformación. Transición al Renacimiento.

Se ha dado a esta época, ya lo hemos comentado, la consideración de un larguísimo intermedio tenebroso desde los brillantes logros de las civilizaciones clásicas, Grecia y Roma básicamente, hasta el vigoroso resurgir de su espíritu e ideales, en la Italia del siglo XIV, que culminaría en el Renacimiento. Se le ha restado así importancia, cuando no se ha hecho una valoración negativa, a este fundamental periodo de la historia de la humanidad.

Ciertamente, no faltan datos que avalan esta valoración negativa (miseria económica y social, oscurantismo cultural y religioso, injusticia y abusos de poder feudales...). Pero también fueron importantes sus logros, aunque quizás más oscuros y difíciles de apreciar que los de las épocas anterior (Antigüedad greco-romana) y posterior (Renacimiento). En cualquier caso, esta época sería determinante en el desarrollo de la posterior historia europea. Señalemos, principalmente, que durante este periodo se producen dos hechos de capital importancia en el desarrollo posterior de Europa:

- El establecimiento y asentamiento casi definitivo de los distintos pueblos y nacionalidades, que ya sólo harán variar circunstancias muy dramáticas, como las expulsiones de judíos en distintas épocas y

⁶ MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: *La España Medieval. Sociedades, estados, culturas*. Itsmo, Madrid, 1979

países, o los sucesivos repartos de Polonia y otros pueblos eslavos y balcánicos.

- La progresiva diferenciación y maduración de las distintas lenguas nacionales modernas. Destacan especialmente tres grupos de pueblos y lenguas, aunque muy heterogéneos y con infinidad de otras influencias menores, sin contar además con la influencia del sustrato de cada zona:
 - Románicas: antiguos miembros del Imperio Romano, que se impuso a las respectivas etnias autóctonas (íberos, celtas, ligures), las cuales adoptaron el latín, del que derivaron sus respectivas lenguas: francés, castellano, catalán, portugués, italiano, rumano...
 - Anglo-germánicas: formados por pueblos a los que apenas rozó la romanización, con mayoría étnica celta, a la que se añadirán en este periodo sucesivas oleadas germánicas: inglés, galés, flamneci, holandés, alemán...
 - Eslavas: procedentes de distintas migraciones, los pueblos eslavos vivirán, en general, las circunstancias más trágicas y difíciles de todos los europeos (la palabra inglesa **slave** significa esclavo). Arrojados de sus tierras por el empuje de germanos y asiáticos, se establecen en el este de Europa, donde serán víctimas de sus poderosos vecinos: las potencias del occidente europeo por un lado y la amenaza turca por otro, a los que pronto se unirá la "hermana" Rusia. Polacos, húngaros, serbios, checos, búlgaros son algunos de estos maltratados pueblos.

* * *

Entre los siglos VII y VIII, los distintos pueblos de la Península Ibérica hablan una lengua que ya apenas es latín. Hacía ya varios siglos que se había derrumbado el Imperio Romano de Occidente y en sus antiguos territorios se han establecido distintas tribus del centro y este de Europa, mezclándose con la población nativa que les superaba ampliamente en número. Aunque durante algunas décadas intentan no mezclarse con la población hispanorromana, con leyes como la prohibición de matrimonios mixtos, casi todos ellos adoptaron pronto las instituciones políticas, la religión cristiana y la lengua del Imperio. Pero el miedo que provocaba su paso, unido a sus formas de vida, seminómada y guerrera, provocó la decadencia y despoblamiento de numerosas ciudades, dispersándose por los campos sus habitantes.

Con el paso de los siglos, se va formando de este modo un sistema de sociedad feudal. Grandes extensiones de tierras (feudos), con pequeños núcleos de población y granjas dispersas, se ponían bajo la protección de un gran señor, a quien se debía obediencia y tributos.

En **Hispania**, los visigodos se imponen en sucesivas oleadas en la mayor parte de la Península, salvo algunos territorios de noroeste (Galicia, Asturias y norte de Portugal), que son ocupados por los suevos, iniciándose así la diferenciación lingüística de dicha zona. A fines del siglo VI, Recaredo consigue la unificación de toda la Península Ibérica en una sola monarquía.

Pero este proceso hacia una sociedad feudal se interrumpe bruscamente en 711. Al mando de Tariq, musulmanes beréberes norteafricanos, súbditos del Califato de Damasco, desembarcan en Gibraltar y, con la valiosa colaboración de muchos nobles cristianos, derrotan al rey visigodo don Rodrigo. En pocos años, y con relativa facilidad, teniendo en cuenta su escaso número, controlan la práctica totalidad de la Península, excepto algunos territorios aislados de la Cornisa Cantábrica, Aragón y Cataluña, la mayoría de los cuales aceptaron la soberanía musulmana. Este proceso expansivo finalizó con la batalla de Poitiers (732), en la que fueron derrotados por los frances. Posteriormente, serán vencidos también en Covadonga (Asturias) por don Pelayo y a partir de ese momento comienza la Reconquista cristiana, que habrá de prolongarse casi ocho siglos.

Resulta difícil resumir en pocas líneas estos ocho siglos. La situación parece algo más clara por el lado musulmán. Tras dominar casi todo el territorio peninsular, al que llamaron al-Andalus, los árabes establecen en Córdoba la capital de un emirato dependiente del califa de Damasco. Pero pronto se sumergen en un periodo de guerras civiles entre las distintas dinastías y tribus que habían participado en la invasión. Finalmente, se impone el

omeya Abd al-Rahmán, huido de Damasco, donde su familia, hasta entonces gobernante, había sido exterminada por una dinastía rival, los abasíes. Inmediatamente, 756, proclama la independencia del emirato español, fundando el Emirato de Córdoba.

Casi dos siglos más tarde (929), su sucesor Abd al-Rahman III proclamará el **Califato de Córdoba**, que permanecerá durante un siglo, y durante el cual Al-Andalus alcanzará su máximo esplendor: la ciudad de Córdoba, según alguna fuentes, llega a alcanzar el millón de habitantes, cifra impensable en la Europa cristiana medieval. Tras la destitución del último califa, Hixem III, el Califato se desmiembra en los que conocemos como **reinos de taifas**, pequeños estados independientes que pactarán o se enfrentarán entre sí o con los cristianos indistintamente. Se produce además las invasiones de almohades y almorrávides, pueblos norteafricanos mucho más rigurosos en el aspecto religioso, lo que termina definitivamente con la tolerancia anterior. Poco a poco, son derrotados y absorbidos por la Reconquista cristiana. En 1492, Boabdil entrega Granada, el último reducto del antiguo esplendor islámico.

En el lado cristiano, tras haber quedado reducidos, en principio, a pequeños núcleos de resistencia en la Cornisa Cantábrica y los Pirineos, pronto se recupera parte del territorio perdido y las fronteras quedan establecidas en torno al río Duero, y con Zaragoza como gran ciudad musulmana más al norte. Durante siglos, el bando cristiano estará formado por pequeños reinos, divididos en numerosos territorios, en manos de poderosos nobles, que a menudo se enfrentan entre ellos o incluso contra sus propios reyes.

Estos reyes, por su parte, pasan buena parte de sus respectivos reinados enfrascados en interminables guerras por agrandar su reino, que a su muerte dividirán entre sus hijos, cada uno de los cuales volverá a comenzar con el mismo proceso. Cuando no se produce esta división, suelen estallar las guerras civiles entre los distintos pretendientes al trono, como la que enfrentó a Alfonso VI con sus hermanos (en la que tendrá un importante papel el Cid), a Pedro I con su hermanastro Enrique de Trastamara, o a Isabel I con Juana la Beltraneja, hermana e hija, respectivamente, del difunto rey Enrique IV.

En un principio (siglos IX-XI), parece imponerse el reino de León, que incluye, entre otros, el condado de Castilla. Pero será este último el que acabe dominando y anexionándose los reinos de Galicia, Asturias, Vizcaya y León. En el este, los reinos de Cataluña, Aragón y Valencia, cada una conservando sus fueros y cortes, se unen en el reino de Aragón, que basará gran parte de su poder en el comercio mediterráneo y sus posesiones en suelo italiano. Entre estos dos, y con Francia al norte, quedará el pequeño reino de Navarra, que permanecerá independiente hasta 1515. Portugal, por su lado, es ya independiente, como permanecerá, con una corta interrupción, hasta la actualidad.

En resumen, un periodo de muchos siglos muy agitados, con graves enfrentamientos civiles, no sólo entre cristianos y musulmanes, sino también dentro de cada bando. Los campesinos los sufrirán especialmente, viendo como cada poco tiempo cambia el señor y el “país” (aunque apenas puede usarse aún esta palabra) al que pertenecen. A medida que avanza la Reconquista y se estabiliza la situación política, las ciudades cobrarán nuevo vigor (ya hemos visto su importancia en el lado musulmán). Ello traerá un progreso de la cultura y la economía, pese a frecuentes y graves crisis, que culminará en el **Renacimiento** del siglo XVI, del que ya podemos encontrar claros síntomas a finales del XIV y durante todo el XV.

El periodo, como sabemos, culminará con la unificación, bajo los Reyes Católicos, de toda la península excepto Portugal. También se producen la invención de la imprenta y el descubrimiento de América, pero de todo eso los dejaremos para el capítulo siguiente.

2. Sociedad y cultura

Respecto a la literatura, nos interesa sobre todo el periodo que comienza muy a fines del siglo X, cuando aparecen las primeras muestras literarias escritas, con mayor frecuencia a partir de los siglos XI y XII, en unas lenguas ya claramente diferenciadas del latín. Se produce pues, aparentemente, un vacío literario de seis siglos. Esto no es cierto en absoluto. Hispania fue cuna de importantes escritores durante el Imperio Romano (Séneca, Lucano, Quintiliano, Marcial...) y lo fue después, durante los siglos "bárbaros" de la dominación visigoda (S. Isidoro de Sevilla, S. Jerónimo...). Ocurre, sin embargo, que toda esta cultura escrita permanece al margen del pueblo, analfabeto en su inmensa mayoría, cuya lengua (bien latín vulgar o, más tarde, las lenguas romances) se aparta cada vez más de los modelos del latín clásico o eclesiástico. Las literaturas nacionales surgirán en toda Europa a partir de los siglos IX-X, como vía de entretenimiento o de adoctrinamiento del pueblo, alejadas de momento de los "círculos del saber".

Resulta difícil tratar la sociedad medieval sin generalizar en exceso. Son muchos siglos y la España que comienza a formarse supone un reino muy grande para esa época, con grandes diferencias de tierras, climas e incluso lenguas. Tenemos también una población relativamente escasa y aislada que además, por las frecuentes guerras, se ve forzada a numerosas migraciones para colonizar las nuevas tierras conquistadas o huyendo de los conquistadores. Nuestro inacabado feudalismo nunca cumplió la función de mantener a la población sujeta a la tierra. Las más dramáticas de estas migraciones serán las sucesivas expulsiones de judíos y moriscos, que se extenderán desde el siglo XV al XVII.

Sin embargo, hasta ese momento habían convivido sobre suelo peninsular las tres llamadas ***religiones del libro*** -la cristiana, la árabe y la judía-. No hay que pensar que la religión supusiera un motivo especial de discordia entre los distintos reinos. Es cierto que las guerras son frecuentes, pero esto es habitual en toda la Europa medieval, donde no existía el problema religioso. Se podían producir con facilidad alianzas entre árabes y cristianos contra otros árabes o viceversa. Las relaciones vecinales entre árabes y cristianos seguían las mismas pautas conflictivas que en casi todo el mundo conocido en la época entre países vecinos. No obstante, las aspiraciones nacionalistas, unidas al influjo de las cruzadas y la influencia religiosa del Camino de Santiago, harán que, con creciente frecuencia, los distintos reinos cristianos vayan uniéndose contra el enemigo común, el Islam.

Hasta ese momento, la convivencia entre las culturas había sido generalmente pacífica y fructífera para todos. El árabe era sin duda el pueblo que estaba experimentando un mayor desarrollo político, científico, tecnológico y cultural de la época, al que ni siquiera puede compararse el llamado *renacimiento carolingio*. Favorecidos por su proximidad y comercio con culturas tan antiguas como China e India, su pujanza militar y política de los siglos VII y VIII pondría al alcance de occidente buena parte de este progreso. La huella de los sabios judíos y árabes será visible y perdurable en matemáticas, medicina, física, química, técnicas agrícolas, etc. Los estilos artísticos árabe y mudéjar serán una influencia constante en todas las épocas del arte español. La lírica y la narrativa europea se beneficiarán, a través de España, de toda una tradición oriental milenaria.

Pese a todo, se ha idealizado en exceso esta armonía. No faltaron los momentos de tensión. Eran frecuentes los motines de las distintas minorías cuando se consideraban agraviadas por las otras. Pese al contacto y colaboración, que se dio tanto entre los pequeños campesinos como en las cortes reales, no evitó que se vieran unos a otros con recelo, como demuestran las alusiones despectivas en nuestra literatura (*Cantar de Mio Cid*, *Milagros de Nuestra Señora...*). Enrique de Trastamara utilizó el sentimiento antisemita popular para forzar la caída de los ricos judíos toledanos, que apoyaban a su hermanastro Pedro I. Al final del periodo, los Reyes Católicos forzarán la conversión o expulsión de todos los no cristianos y, para asegurarla, crean el Tribunal de la **Inquisición**, que hasta el siglo XIX vigilará contra cualquier desviación del dogma católico.

Quizás esto se salga de los límites de este periodo, pero es importante señalar el ambiente de miedo y sospecha generalizada en que se vio envuelta una nueva minoría social que aparece como consecuencia de esta conversión forzosa: los **cristianos nuevos**, privados de no pocos derechos, siempre bajo sospecha e imposibilitados de acceder a numerosos oficios y cargos públicos. La "limpieza de sangre" se convierte en la obsesión

nacional. Estos hechos afectarían gravemente la vida de hombres como **Fernando de Rojas**, autor de *La Celestina*, que vio a varios de sus parientes procesados por la Inquisición, e incluso muy probablemente su propio padre fuera quemado en la hoguera siendo él aún un niño⁷.

En lo económico, tampoco es fácil trazar una visión general. A medida que consolidan su predominio, los reinos de Aragón y Castilla emprenden distintas directrices económicas. En Aragón resulta fundamental el comercio mediterráneo, por lo que se formará pronto una minoría de burgueses prósperos e influyentes. En el Levante, en parte gracias a la presencia morisca, se establece un reparto relativamente racional y justo de las tierras de labor, con los adecuados tribunales de control. Precisamente la creciente presión sobre la población morisca será una de las causas más graves de tensión social. En tanto, en Cataluña el feudalismo de influencia francesa arraiga con más fuerza que en el resto de la Península y, aunque se corrigen algunos de sus excesos, la nobleza pondrá periódicamente en apuros a los distintos monarcas.

En Castilla, por el contrario, con la instauración de la **Mesta**, la monarquía apuesta claramente por la ganadería lanar, que sostendrá su economía durante siglos, en perjuicio de la agricultura, que se basará generalmente en grandes latifundios, cerealistas en la Meseta, olivareros en gran parte de Andalucía, y vitivinícolas en diversas zonas, obligados también en parte por los extremados climas y la escasez de población y mano de obra.

En el siglo XIV, don Juan Manuel establecía en Castilla una división social basada en áreas productivas: **defensores, oratores y laboratores**. Pero esta división no refleja la auténtica realidad. No señala las infinitas posibilidades que se dan entre dos extremos posibles en cada campo: la poderosa nobleza guerrera frente a los soldados de fortuna al servicio del mejor pagador; las altas jerarquías eclesiásticas frente a paupérrimas órdenes y sacerdotes rurales; influyentes burgueses comerciantes frente a míseros campesinos sin tierra de Castilla, Andalucía o Extremadura. También hemos señalado el creciente poder de las ciudades, en las que se instalarán los distintos gremios artesanales y los cada vez más influyentes comerciantes y donde, finalmente, la nobleza acabará estableciendo su residencia. Pese a todo, la mayor parte de la población sigue siendo rural y agraria.

La cultura se refugia durante siglos en los monasterios y las iglesias. **Clérigo**, en esta época, es sinónimo de hombre culto. La educación infantil es prácticamente inexistente, y reducida a los pocos nobles que lo deseaban y a las clases burguesas más pudientes. Al final del periodo, a partir del siglo XIV, se crean las primeras universidades y colegios mayores, todavía íntimamente relacionadas con la Iglesia, y con clara preponderancia de la teología sobre los demás estudios. También se aprecian en sus programas el interés por las matemáticas y la astronomía.

En lo filosófico, se produce una clara imposición de la ortodoxia cristiana, que recoge también alguna influencia greco-latina (Platón y los neoplatónicos sobre todo), a través de la importante labor de los **Padres de la Iglesia** (San Agustín, San Isidoro de Sevilla, Santo Tomás de Aquino). El hombre se sitúa en un mundo creado según la voluntad de Dios, incluidas las jerarquías sociales. La injusticia y la desgracia son frutos de la maldad humana, o pruebas enviadas por Dios. Esta vida es un tránsito, en el que lo único importante es ganar méritos hacia la auténtica vida eterna. La Tierra se sitúa, plana, en el centro de la creación y a su alrededor giran los demás astros. Aunque esta última idea pierde paulatinamente terreno entre los intelectuales, será la sostenida por la Iglesia hasta siglos después.

Sin embargo, no nos quedemos sólo con los tonos oscuros de la época. Pese a la generalización de unas precarias condiciones de vida, un ambiente de ansias y ardor vitales bulle en toda la España en formación. Tres culturas, aparte las propias diferencias regionales dentro de cada una, buscan su sitio en un mundo en constante transformación. En las obras de **Fernando de Rojas** o del **Arcipreste de Hita** asistimos a una sociedad abigarrada, confusa pero vital, que Goytisolo⁸ compara con el ambiente de un mercado callejero del Marrakech actual: un continuo y ruidoso bullicio de las gentes más dispares, ricos y pobres mezclados, entre una multitud de

⁷ GILMAN, Stephen: *The Spain of Fernando de Rojas*. Princeton University Press; Princeton, 1972. Citado por Juan Goytisolo.

⁸ GOYTISOLO, Juan: "Medievalismo y modernidad: el Arcipreste de Hita y nosotros" (1985) en *El árbol de la literatura*. Círculo de Lectores, 1995

pícaros, mendigos, soldados licenciados, vendedores ambulantes que pregonan a gritos su mercancía, artesanos capaces de arreglar cualquier cosa, juglares callejeros que ofrecen su espectáculo de malabares, animales domesticados y, sobre todo, su narración de historias... Digamos también que, hasta el establecimiento de la Inquisición, el pueblo español gozó de una considerable libertad de expresión, en parte por la falta de mecanismos para su control. Esta libertad, unida al citado vitalismo y a la aceptación de la miseria y la injusticia casi como un estado natural, provocarán un humor escéptico y socarrón que apreciamos, además de en los dos autores ya mencionados, en otros tan posteriores como Quevedo, Galdós o Baroja y, por supuesto, en toda nuestra novela picaresca.

Conviene extraer de cada época histórica lo que permaneció, aquellas características y aspiraciones ideológicas, individuales y sociales de las que nosotros mismos nos hemos convertido en herederos. Y es indudable que durante la Edad Media se forjaron muchos de los rasgos más característicos de nuestra personalidad social, lingüística y cultural. Querellas no resueltas aún se trataron en esa etapa. Estructuras económicas y sociales aún vigentes, para bien o para mal, se crearon en estos siglos. Incluso buena parte de nuestras fiestas y espectáculos surgieron entonces.

Pero, sobre todo, eran hombres que pensaban y vivían en presente. Con una bastante rígida estructura social, que permite pocas esperanzas de progreso personal, el "*hombre medio*" medieval, muy pobre, tiene poco tiempo que dedicar a cuestiones "secundarias", que no sean la mera subsistencia diaria. Pero parece ser que la fiesta y la diversión son necesidades humanas y, casi sin querer, se crearon sencillos poemillas para cantar y bailar; o relatos heroicos que, de un modo barato aunque con mucho retraso, le traen las noticias que quiere escuchar (o hacen las malas menos desagradables). Aunque esos nobles guerreros de los relatos tengan poco en común con los guerreros reales, a los que casi seguro han visto de cerca, en alguna de las guerras que casi seguro han padecido. También la Iglesia se valdrá de esta naciente literatura (si bien se preocupará de dejar constancia escrita, casi siempre) para llevar doctrina y consuelo espiritual a los fieles, sin duda muy necesitado de ambos.

Como resumen, cerraremos este apartado con las palabras del filósofo e historiador Ramón Xirau⁹:

Porque la ciencia moderna (...) se inicia en la Edad Media. La Edad Media, recordemos sus grandes creaciones musicales, arquitectónicas, pictóricas, escultóricas, literarias -los poetas de Provenza escriben desde el siglo XI y los cantares de gesta romances son del siglo XII-, es una época de vigorosa creación artística; es también, en Occidente, una época de maduración social y política que acaso encuentre sus primeros sueños realizados en el imperio carolingio y en aquella Occitania que destruyó la expansión política de Francia...

Añadiremos que el resultado de esta "*maduración social y política*" fueron las nacionalidades que surgirán justo con la llegada del Renacimiento a España. Podemos considerar a España como la primera "nación" moderna unificada, pero enseguida ocurrirá lo mismo en Inglaterra, Francia, Suecia, en menor grado en Alemania y Austria, pero ya en un proceso imparable. Los distintos estados italianos, cuna del Renacimiento y durante siglos poderosos comercial y políticamente, comenzarán a pagar las consecuencias de su aislamiento y desunión. Ese "*vigor creativo*", al que aludía la cita anterior, existió sin duda y fue inmenso. Sólo que a veces resulta difícil descubrirlo en un mundo, el occidental, en el que cambió absolutamente todo: la religión, la lengua, la distribución y situación de las razas y pueblos, las formas de gobierno, la estructura social, las formas y fines artísticos...

⁹ XIRAU, Ramón: *El desarrollo y las crisis de la filosofía occidental*. Alianza Editorial, Madrid, 1975.